

ideas mas opuestas entre sí, se creyeron obligados á dar el ejemplo de la reconciliacion. Deben ser contados entre este número D. Domingo Barret, D. Miguel Barbachano y hasta el mismo D. Pedro Escudero de la Rocha, representante del partido centralista, que hacía mucho tiempo no tomaba ningun participio en la cosa pública.

En la mañana del 5 de agosto se celebró estrepitosamente esta reconciliacion por los incautos que la creyeron ó por los espíritus generosos que la deseaban de todo corazon. Una reunion numerosa, en que estaban representados todos los colores políticos, recorrió las calles de la capital entre músicas, cohetes y repiques de campana, vitoreando indistintamente á los hombres mas distinguidos que habían promovido ó aceptado la union y visitándolos en sus casas. En la tarde salió del palacio de gobierno un paseo, á cuya cabeza se veía un coche en que iba el gobernador con D. Miguel Barbachano, y otro en que se hallaba D. Pedro Escudero de la Rocha con los secretarios del despacho. A las oraciones de la noche se detuvo este paseo ante la casa del Sr. D. Pedro de Regil y Estrada, quien había preparado un delicado ambigú para celebrar el fausto acontecimiento de aquel dia. Los oradores de aquella reunion escogida pronunciaron bríndis patrióticos en favor de la union, y los estrepitosos aplausos con que fueron acogidos, parecieron demostrar que todos los concurrentes estaban animados de los mismos deseos. Desgraciadamente estos bellos sentimientos debían disiparse casi al mismo tiempo que los vapores del vino que inspiraron su expresion.

La reconciliacion de partidos políticos, opuestos en ideas ó intereses personales, hará siempre mas honor al corazon que á la cabeza de los que la creen ó la predicán de buena fé.

---

## CAPITULO II.

1847.

Comienza á propagarse la insurreccion indígena en el sur y oriente de la península.—Precauciones que adopta Trujeque en Tihosuco.—El capitán Ongay derrota á los indios en Tepich y entrega el pueblo á las llamas.—Acuerdo que toman en Culumpich los jefes de la sublevacion.—Vuelven á ser derrotados los indios en Xcanul.—Excesos que cometen en el distrito de Valladolid.—Son batidos y dispersados en Xcá y en Cocbatun.—Medidas que adopta el gobierno para apagar la insurreccion.—Circula el rumor de que los indios de Mérida y sus inmediaciones debían sublevarse la noche del 15 de agosto.—Nuevas precauciones.—Aprehension de Francisco Uc y otros indígenas.—Se les sujeta á un consejo de guerra.—Varios son condenados á muerte y otros á prision ó destierro.—Persecucion inhumana que se desata contra los indios en general.—Reflexiones.

Mientras tenían lugar en Mérida estos sucesos, la guerra de castas comenzaba á tomar un rápido incremento en las regiones mas apartadas del sur y del oriente de la península. Luego que D. Antonio Trujeque tuvo noticia de los asesinatos de Tepich, despachó extraordinarios violentos á todos los pueblos de las inmediaciones, ordenán-



doles en su calidad de jefe político del partido, que le mandasen gente, armas y municiones para combatir á los sublevados. Entretanto armó como pudo á varios de los vecinos de Tihosuco, hizo construir trincheras en todas las avenidas de la plaza y dió algunas otras disposiciones para proveer á la seguridad de las familias, entre las cuales reinaba una gran consternacion. Cuando las sombras de la noche invadieron el pueblo, estaba ya convertido en un verdadero campamento, cuyo silencio sólo era interrumpido por el grito de los centinelas que velaban en sus puestos. Este aparato bastó acaso para que los indios no intentasen contra la poblacion, el ataque que temían sus moradores.

Al dia siguiente se presentó á Trujeque la compañía de Ichmul, la cual además de sus armas y municiones, traía otras que habían sido pedidas á Peto, cabecera del partido. El jefe político pudo ya entonces armar mejor á los vecinos de Tihosuco, y con éstos y la compañía de Ichmul, resolvió salir á batir á los sublevados. Dividió con este objeto su fuerza en dos secciones, una de las cuales se dirigió á Tepich por el camino ordinario, y otra por senderos extraviados. Ambas fueron batidas en su tránsito por los indios que se habían emboscado con este objeto, y que parecían ser tan hábiles en este género de guerra, como sus ascendientes los mayas, en la época de la conquista. La seccion que marchó á las órdenes del teniente coronel D. Vito Pacheco, venció todos los obstáculos que se amontonaron á su paso y llegó á Tepich, el cual había sido ya desamparado por los indios. Entonces contramarchó á Tihosuco, donde le había precedido la otra seccion, que ménos afortunada que la primera, se había visto obligada á retroceder ante el fuego de las emboscadas.

Un nuevo refuerzo que le llegó á Trujeque, le permiti

tió intentar pocos dias despues otro ataque contra los sublevados. Era una compañía del batallon *Ligero*, mandada por el capitan D. Diego Ongay, la cual había sido enviada desde Valladolid, por el capitan D. Eulogio Rosado. Ongay aumentó su fuerza hasta el número de doscientos hombres, con la que le dió Trujeque en Tihosuco, y el dia 7 de agosto emprendió su marcha para Tepich. Encontró en su tránsito los mismos obstáculos que Pacheco; pero vencidas trincheras y emboscadas, llegó al punto de su destino, en donde encontró fortificados á los indios que mandaba Cecilio Chí. Los atacó con vigor, y al cabo de media hora se apoderó del pueblo, poniendo en completa fuga á los sublevados. Un desgraciado que cayó prisionero, fué inmediatamente pasado por las armas. No fué este el último acto de venganza de aquella funcion de armas, porque en seguida fueron entregadas á las llamas todas las casas y cegados todos los pozos, con el objeto de que quedase borrado para siempre del mapa de la península, el pueblo que había servido de cuna á la revolucion (1). La salvaje costumbre de los mayas, de destruir todo lo que pertenecía al enemigo, era resucitada al cabo de trescientos años, no por sus descendientes, sino por los individuos de una raza, que se preciaba de haber introducido la civilizacion en el país!

Antes del ataque de Tepich, Cecilio Chí había ordenado á los suyos que en el caso de una derrota, fuesen á refugiarse á la hacienda Culumpich, á donde él tambien concurriría para conferenciar con Jacinto Pat. Todos obedecieron, y la reunion se verificó en el lugar de la cita pocas horas despues de la victoria de Ongay. Jacinto Pat intentó disuadir á los sublevados de sus ideas de exterminio.

(1) "El Siglo XIX," número correspondiente al 12 de agosto de 1847—D. Serapio Baqueiro, fundado en el testimonio de un oficial, dice que Ongay hizo quemar varias mujeres, niños y ancianos en union de la casa que los encerraba.



nio é hizo los esfuerzos posibles para que se diese á la insurreccion un color político, que satisfacía más á sus ambiciones personales. Todo fué en vano. Cecilio Chí, Venancio Pec y otros capitancillos se habían comprometido demasiado con los asesinatos de Tepich, y sea por sus instintos feroces, ó porque comprendiesen que jamás serían perdonados de buena fé por ningun blanco, insistieron en su antiguo plan de exterminarlos á todos. Jacinto Pat se vió en la necesidad de ceder, ó de fingir que cedía en todo, así porque comprendía muy bien que no tardaría en desatarse contra él la persecucion de Trujeque, como porque los sublevados tenían un medio muy expedito para obligar á los de su raza á hacer causa comun con ellos. Dos ó tres dias ántes de esta conferencia, una partida desprendida de Tepich, había asesinado al alcalde de Ekpeo, Justo Ie, solo porque no había querido entregar seis fusiles que conservaba en su poder (2).

Seguros ya los sublevados del poderoso apoyo de Jacinto Pat, se retiraron al rancho Chumboob para dar tiempo á que fuesen secundados por los demás individuos de su raza, pues como no tardaríamos en ver, ya por aquel tiempo se habían dirigido circulares y emisarios á toda la península, con el objeto de generalizar en ella la insurreccion. Pero Trujeque no carecía de celo ni actividad, y luego que tuvo conocimiento del lugar á donde se habían refugiado los insurrectos, hizo salir á batirlos al capitán Ongay con doscientos cincuenta hombres de los que acababan de llegar de Tepich. Esta fuerza fué hostigada de tal manera en su tránsito por las emboscadas, que se vió en la necesidad de detenerse en un rancho, llamado San Antonio, donde no tardó en recibir un refuerzo de ciento cincuenta hombres que vino de Tihosuco al mando del te-

(2) Nota de D. Eulogio Rosado al gobernador del Estado de 9 de agosto de 1847.

niente coronel D. Vito Pacheco. Ambas fuerzas emprendieron entónces nuevamente su marcha hácia Chumboob, y media hora ántes de llegar se dividieron en dos secciones con el objeto de cargar al enemigo en dos direcciones distintas. Pero el rancho estaba ya desamparado por los sublevados, y Ongay se vió en la necesidad de volver á Tihosuco, despues de haber hecho algunos movimientos infructuosos en busca del enemigo. Tuvieron lugar estos sucesos en los dias corridos del 11 al 15 de agosto (3).

Cecilio Chí, despues de andar algunos dias errante por los bosques, se fijó al fin en el rancho Xcanul, en donde se fortificó con los nuevos elementos que había sabido procurarse, siempre con la esperanza de ser secundado en breve por otros individuos de su raza. Pero el jefe de Tihosuco no tardó en tener noticia de esta guarida, y como por aquella época ya se hallaban reunidos en dicho pueblo cerca de ochocientos hombres, acumulados allí con el objeto de ahogar en su cuna el alzamiento, pudo disponerse inmediatamente la salida de una fuerte columna, al mando del coronel D. Claudio Heredia. Este antiguo militar dividió su fuerza en varias secciones con el objeto de cercar al enemigo y obligarlo á batirse, lo cual se verificó en la mañana del 25. Los indios resistieron el ataque con cierto denuedo que hasta entónces no habían ostentado, haciendo desde sus trincheras un fuego nutrido de fusilería y arrojando gritos destemplados, con que denostaban y amenazaban á los agresores. El valiente capitán Ongay, exasperado con esta resistencia, se arrojó espada en mano sobre una trinchera enemiga; pero cayó herido por una bala y la misma suerte corrió su ayudante Caro que quiso seguirle. No obstante, este ejemplo de audacia no tardó en ser imitado por toda la fuerza, y pocos momentos des-

(3) Nota de Ongay á Trujeque de 14 de agosto.



pues el rancho Xcanul era ocupado á la bayoneta, obligando por tercera vez á los sublevados á buscar un refugio en los bosques (4).

Miéntras se desarrollaban estos sucesos á las inmediaciones de Tihosuco, los indios comenzaban á agitarse en la region oriental de la península, con el objeto de ayudar á sus hermanos en la salvaje empresa que habían acometido. Los de Chichimilá y algunos otros pueblos de la comarca se habían ido retirando hácia los bosques desde el dia en que fué fusilado Manuel Antonio Ay, y en los primeros dias de agosto habían formado ya un núcleo no despreciable, que infundió sérios temores á los pueblos de Xcan y Chancénote (5). Gracias sin embargo á las enérgicas medidas tomadas por el coronel Rosado y á las precauciones que tomaron sus mismos habitantes, nada intentaron por entónces contra ellos los disidentes. Pero poco tiempo despues se reunieron en número de cuatrocientos ó quinientos en el rancho Xcá, á donde fué á batirlos una fuerza de doscientos hombres, mandada por el capitán D. Felipe de la Cámara Zavala. Esta fuerza fué rechazada por los indios y se vió en la necesidad de retirarse, dejando en el campo ocho muertos, y llevándose consigo siete heridos, entre los cuales se hallaba el teniente de caballería, D. Patricio O'Horan.

Despues de esta victoria los indios se dirigieron á la hacienda Acambalan, en donde despues de haber asesinado al mayordomo, á su mujer y á varios otros sirvientes de la finca, á pesar de que todos eran de su raza, robaron las alhajas de oro y plata que encontraron en el oratorio, destruyeron los muebles é incendiaron las casas, el colmenar y las trojes del maíz. Al dia siguiente se dirigieron al rancho San Fernando, en el cual, siguiendo el ejemplo

(4) "El Siglo XIX" número correspondiente al 31 de agosto.

(5) El mismo periódico, número correspondiente al 14 de agosto.

dadado por Cecilio Chí en Tepich, asesinaron á casi todos los vecinos (6), sin perdonar niños ni mujeres. Pero habiendo sabido allí que el coronel Rosado había organizado una nueva fuerza para batirlos, tomaron el camino de Pisté, desde donde se dirigieron al partido de Peto con el ánimo de incorporarse á Cecilio Chí y á Jacinto Pat, el último de los cuales se hallaba entónces en Tituc, reuniendo una fuerza con la cual se proponía atacar á Tihosuco. Entre esta partida, que se levantó en el Oriente, se hallaba el feróz Bonifacio Novelo, quien dos ó tres dias ántes del ataque de Xcá, se había dirigido hácia Belice, con el objeto de proveerse de armas y municiones en aquella colonia (7).

La fuerza organizada nuevamente por el coronel Rosado, se componía de trescientos hombres, y puesta bajo las órdenes del teniente coronel D. Manuel Oliver, se dirigió al rancho Pisté, donde no habiendo encontrado á los sublevados, continuó su marcha á Tihosuco. Allí se puso de acuerdo con el coronel Heredia para cumplir con las instrucciones que llevaba; pero no teniendo noticias exactas del lugar que ocupaban los rebeldes, salió una pequeña fuerza al mando del último para reconocer los alrededores de Tepich. Heredia sólo encontró en su expedicion una pequeña partida que se hallaba en el paraje Yokactun, y la cual se dispersó despues de una corta escaramuza, dejando dos cadáveres en el campo. Era que los indios habían vuelto al partido de Valladolid y ocupado el rancho Cocbatun, á donde fué á batirlos el teniente del *Ligero*, D. Patricio O'Horan, con una fuerza de cien hombres, que puso á sus órdenes el coronel Rosado. El rancho fué ocupado despues de un rudo combate, en que salieron heridos el mismo O'Horan y el oficial D. Antonio

(6) Dábase y aun se dá el nombre de *vecinos* en Yucatan á todos aquellos que no pertenecen á la raza indígena pura.

(7) Nota de D. Eulogio Rosado impresa en el "Siglo XIX," número correspondiente al 11 de setiembre.



Rajon, aquel juez de Chichimilá que sorprendió en este pueblo la conspiracion.

Antes de pasar adelante en nuestra narracion, se hace necesario volver los ojos hácia la capital del Estado, en la cual reinaba por aquella época una agitacion extraordinaria. Ya hemos visto que el primer efecto que produjo en ella la noticia del alzamiento de los indios, fué la reconciliacion de las diversas fracciones en que se hallaban divididos los blancos, y en la cual hubo mas ostentacion que sinceridad. En seguida comenzó el gobierno á dictar las disposiciones necesarias para salvar al país del cataclismo. Prohibió la venta de armas de fuego y municiones de guerra, mandó recoger á los indios las escopetas que tenían en su poder; y abrió suscripciones voluntarias en toda la península, con el objeto de que cada ciudadano contribuyese con la cantidad que le dictara su patriotismo para cubrir los primeros gastos que demandaba la situacion. Hizo publicar en seguida la ley marcial, ordenando que todo ciudadano, mayor de diez y seis años, que no perteneciese á la raza indígena pura, estaba obligado á empuñar las armas en defensa de la patria, mientras durase la guerra de bárbaros (8). Expidió despues una ley para juzgar á los conspiradores y sus cómplices, á los salteadores de caminos y á los ladrones (9), que así podía ser aplicada á los barbachanistas que quisieran moverse, como á los indios que en realidad se agitaban sordamente en todo el país para tomar parte en la insurreccion de su raza. Por último, Barret dividió la península en tres comandancias militares, cuyas cabeceras debían ser Mérida, Campeche y Valladolid, y comenzó á mandar á la última todos los elementos de guerra que podía reunir, con el

(8) Periódico oficial, números correspondientes al 7 y 12 de agosto.

(9) Coleccion de decretos de Aznar, tomo III, página 145.

objeto de hostilizar con el mejor éxito posible á los sublevados.

Mientras se llevaban al cabo estas disposiciones, comenzó á circular de boca en boca el rumor de que todos los indios debían levantarse simultáneamente en la noche del 15 de agosto, para acabar con todas aquellas personas que no perteneciesen á su raza. Es fácil comprender la impresion que semejante noticia causaría en los ánimos; y como desde este momento se desató una persecucion activa y tenáz contra la raza indígena, se hace necesario examinar el asunto con toda la imparcialidad de la historia para que el lector pueda decidir con conocimiento de causa.

Que la bandera alzada por Cecilio Chí en Tepich contó desde luego con la simpatía de todos los indios, es un hecho que no necesita de prueba. Que desde aquel tiempo estos mismos indios comenzaron á agitarse de una manera desusada, es una verdad que podría demostrarse con multitud de hechos pequeños, conservados por la tradicion, ó recogidos en los periódicos de la época; pero que no pueden tener cabida en una obra de las dimensiones de la nuestra. Notóse que desde entónces los indios comenzaron á abandonar la afectada humildad, que en otro tiempo era su principal distintivo, y que en circunstancias dadas proferían amenazas, que indicaban al ménos el secreto presentimiento que abrigaba su corazon. ¿Era que realmente estaban ya dispuestos á tomar parte en la insurreccion y que se hallaban haciendo sus preparativos para hacerla estallar, en virtud de las circulares y emisarios que los sublevados del Sur y del Oriente habían desparramado por todo el país, segun se decía entónces? Los hechos que vamos á referir en seguida, ván á responder por nosotros á esta pregunta.

Una patrulla que recorría la capital en la noche del juéves 12 de agosto, al mando de D. Crescencio Salazar,